

Vivir según el espíritu de Jesucristo

Espiritualidad como seguimiento*

**Francisco de Aquino Júnior,
Facultad Católica de Fortaleza**

“Espiritualidad” es una de las palabras más usadas en la Iglesia en las últimas décadas. Ha sido tema constante de homilías, retiros y encuentros pastorales. Hay una cantidad enorme de artículos y libros sobre el tema. Aparece como el concepto que mejor resume y expresa la vida cristiana¹. Es como si espiritualidad fuese sinónimo de vida cristiana; como si hubiese una identidad radical entre ambas.

El problema es que comúnmente manejamos una concepción ambigua, reduccionista y poco cristiana de la espiritualidad, con enormes consecuencias para la vida cristiana. Es *ambigua* en la medida en que se le comprende en un horizonte dualista que opone lo espiritual a lo material (materia *versus* espíritu). Es *reduccionista* en la medida en que se le identifica con la vida cristiana y no como una de sus dimensiones fundamentales (totalidad *versus* dimensión) y en la medida en que se le identifica con ciertas prácticas “religiosas” (cultos, devociones, ejercicios de piedad, símbolos). Y es *poco cristiana* en la medida en que el espíritu no siempre es considerado y discernido a partir de la praxis de Jesús de Nazaret (pneumatología *versus* cristología).

Ciertamente, no aparece siempre de modo tan claro y explícito. Nadie contrapone sin más el Espíritu Santo a Jesucristo. Pero lo que muchas veces se describe como experiencia del espíritu o como frutos del espíritu tiene muy poco

* Traducción del texto original en portugués por Julián Sánchez Hermida.

1. Conviene no perder de vista que el concepto de espiritualidad es relativamente reciente en la historia de la Iglesia. Aunque aparezca una y otra vez en textos patristicos (Pelagio, Dionisio el Exiguo), cobra relevancia y adquiere importancia con la escuela espiritual francesa del siglo XVII, y se impone como categoría teológica a finales del siglo XIX e inicios del siglo XX (*cf.* D. Mondoni, *Teologia da espiritualidade cristã*, São Paulo: Loyola, 2000, pp. 13-16; G. Gutiérrez, *Beber no próprio poço: itinerário espiritual de um povo*, Petrópolis: Vozes, 1984, pp. 62 y s.).

que ver con la experiencia del Espíritu de Jesús de Nazaret y con los frutos que el Espíritu produjo en su vida. Nadie niega que la vida humana tiene dimensiones materiales y dimensiones espirituales, y pocos contraponen sin más una dimensión a la otra. Pero cuando se trata de definir lo específico de la vida cristiana, cuando se tienen en cuenta las prioridades pastorales de la Iglesia (liturgia, catequesis, sacramentos, misiones, devociones) y cuando se analiza más atentamente el modo espontáneo y convencional de referirse a lo espiritual (rezar por el alma, lo que vale es el espíritu, morir para encontrarse con Dios, inmortalidad del alma, liberarse de la materia, etc.), se percibe sin gran dificultad un reduccionismo de la vida cristiana a su dimensión espiritual, un reduccionismo de la vida espiritual a prácticas “religiosas” y una cierta contraposición teórica y sobre todo práctica de lo espiritual a lo material.

Al tratar la *espiritualidad*, la pensamos aquí como una *dimensión* de la vida humana (1), mostrando en qué consiste esa dimensión *espiritual* (2) y explicitando su especificidad *cristiana* (3).

1. Espiritualidad como *dimensión* de la vida humana

La vida humana es una realidad compleja (vive, siente, entiende), constituida por una pluralidad de notas². Algunas de carácter más formalmente *material* o *corpóreo*; otras de carácter más formalmente *espiritual* o *psíquico*³. Esto no ofrece mayores problemas. La cuestión es saber cómo estas notas están vinculadas o articuladas entre sí y cuál es la especificidad de cada una de ellas en la realidad plural y compleja que es la vida humana. Aquí las cosas se complican y las opiniones se dividen. Dicho sin total precisión, se pueden identificar tres tendencias o posturas antropológicas por lo que toca al vínculo entre lo que,

2. Podríamos hablar aquí de propiedades, aspectos, momentos, dimensiones, etc. Preferimos con Zubiri la expresión *notas*, por la “doble ventaja de designar unitariamente dos momentos de la cosa”: *pertenece* constitutivamente a la cosa y la *notifica* bajo un determinado aspecto o dimensión (cfr. X. Zubiri, *El hombre y Dios*, Madrid: Alianza Editorial, 2003, p. 18).
3. *Ibid.*, pp. 30-46, especialmente pp. 39-41. Zubiri prefiere hablar de notas corpóreas más que de notas materiales: “Lo radical del cuerpo está en ser principio de actualidad. Cuerpo es, por tanto, algo más concreto que *materia*. Porque se trata de materia corpórea y no de materia en oposición al espíritu”. De la misma forma, prefiere hablar de notas psíquicas más que de notas espirituales: “No la llamo [a la psique] espíritu por la misma razón por la cual no llamé al cuerpo materia. Y tampoco la llamo *alma* porque el término está sobrecargado de un sentido especial más que discutible, a saber, una entidad substancial que habita ‘dentro’ del cuerpo [...] La psique es solo un subsistema parcial de notas dentro del sistema total de la substantividad humana” (*ibid.*, pp. 40 y s.).

para facilitar la lectura, llamaremos simplemente notas materiales y notas espirituales⁴.

La primera es la que podríamos calificar como *dualista*. Es la tendencia o postura predominante en toda la tradición occidental, incluso en la actualidad. Llega hasta nosotros a través del mundo griego y puede ser caracterizada por la separación e incluso contraposición entre lo material y lo espiritual. Por un lado, lo material y lo espiritual son tomados como dos realidades completas y autosuficientes: existen independientemente lo uno de lo otro. A lo sumo puede darse entre ellos una *relación* entre *relatos* que, en sí y por sí, nada tienen que ver el uno con el otro y que, además, terminan separándose el uno del otro: existe *lo* material y existe *lo* espiritual; ambos pueden juntarse (vida humana), pero terminan separándose (muerte). Esa postura aparece tanto en ciertas teorías filosófico-antropológicas (Platón, por ejemplo)⁵ como en el discurso más espontáneo y convencional (muerte como separación del alma del cuerpo, inmortalidad del alma, etc.). Por otro lado, lo material y lo espiritual son tomados como realidades contrapuestas: no son solo realidades distintas, sino contrapuestas; realidades que se oponen la una a la otra. Lo material es de naturaleza sensible y lo espiritual es de naturaleza intelectual, y la relación entre sensibilidad e inteligencia es de oposición.

La segunda tendencia o postura puede ser calificada como reduccionista o *monista*. Tiende a reducir la dualidad material-espiritual a uno de esos elementos o aspectos: sea tratando lo material como inferior a lo espiritual, como pasajero y, en última instancia, como algo destituido de realidad (espiritualismo); sea tratando lo espiritual como una especie de reflejo casi mecánico de determinadas condiciones materiales (materialismo). En el primer caso, la dualidad acaba siendo reducida a lo espiritual. Lo que importa de verdad es lo espiritual y, a fin de cuentas, lo espiritual es lo único que permanece (inmortalidad del alma), ya que lo material acaba con la muerte. En el segundo caso, la dualidad acaba reducida a lo material: todo es materia; lo que comúnmente se llama espíritu no es sino una propiedad de la materia o el resultado de determinados procesos materiales. Si el dualismo afirma la dualidad material-espiritual separando y oponiendo materia y espíritu, el monismo reduce esa dualidad a uno de sus elementos o aspectos. Se trata de una postura simplista y, por eso mismo, poco convincente, sobre todo cuando es presentada sin mayores precisiones. En todo caso, ni de lejos tiene la misma importancia y repercusión que la postura dualista.

4. Cfr. A. García Rubio, *Unidade na pluralidade: o ser humano à luz da fé e reflexão cristãs*, São Paulo: Paulus, 2001, pp. 95-114, 318-360; I. Ellacuría, "Espiritualidad", en *Escritos teológicos*, IV, San Salvador: UCA Editores, 2002, pp. 47-57, aquí pp. 48 y s.

5. Cfr. G. Reale, *História da filosofia antiga*, II, São Paulo: Loyola, 1994, pp. 185-215; H. C. Lima Vaz, *Antropologia Filosófica*, I, São Paulo: Loyola, 1991, pp. 35-38.

La tercera postura o tendencia es la que podríamos calificar con Ignacio Ellacuría como *estructural*. Afirma la dualidad material-espiritual en su unidad radical, superando tanto el dualismo como el monismo. Material y espiritual no se separan (dualismo) ni se identifican (monismo). No existen *el* espíritu y *la* materia como realidades independientes y autosuficientes que casualmente se juntan (vida), pero que terminan separándose (muerte), con el ocaso de esta y la sobrevivencia de aquel⁶. Lo que existe es la realidad humana como realidad compleja *constituida* por una pluralidad de notas sistemáticamente articuladas o estructuradas, y *notificada* por esa misma pluralidad de notas. Cada una de esas notas, por más irreductible que sea, es nota de la realidad humana y solo existe en unidad estructural con las demás notas de esa realidad. Así, materia y espíritu aparecen como *dimensiones* de la realidad humana, esto es, como algo que *constituye* esa realidad y, en cuanto tal, la *mensura* bajo cierto aspecto. Ciertamente, podemos y debemos distinguir esas dos dimensiones, pero nunca separarlas. En la realidad que es la vida humana aparecen siempre articuladas la una en función de la otra, calificando esa realidad como material y espiritual. No existe ningún espíritu paseando por ahí como realidad separada de la materia. Sin duda, la dimensión espiritual es irreductible a la dimensión material, tiene su especificidad y su autonomía. Pero esa autonomía es solo relativa, en la medida en que la dimensión espiritual está estructuralmente articulada con otras dimensiones e incluso “sustentada por condiciones ‘no espirituales’, en la cuales debe necesariamente encarnarse y expresarse y, a su vez, iluminarlas y transformarlas”⁷.

Una correcta comprensión y articulación de lo material y de lo espiritual en la vida humana debe evitar, por lo tanto, las tendencias y posturas dualistas y monistas, asumiendo una perspectiva estructural, en la cual se afirma simultáneamente la irreductibilidad de lo material y de lo espiritual, y su unidad radical. Y aquí lo espiritual aparece como una dimensión constitutiva de la vida humana y, en cuanto tal, como algo que la mensura bajo un determinado aspecto.

-
6. Conviene advertir con Antonio González que “el cristianismo no cree en la inmortalidad del alma, sino en la resurrección de los muertos, algo distinto en principio. Se trata, ante todo, de la sobrevivencia del hombre entero, de su unidad psico-orgánica completa y no de una parte insubstantiva de la misma como es su psique. En segundo lugar, al hablar de resurrección y no de inmortalidad, el cristianismo atribuye la acción resurreccional a la actuación libre de Dios y no a una capacidad que el alma tenga por sí. [...] en tercer lugar, la afirmación cristiana sobre la resurrección no es una tesis filosófica, sino un artículo de fe” (A. González, *Introducción a la práctica de la filosofía*, San Salvador: UCA, 2005, p. 222).
 7. I. Ellacuría, “Espiritualidad”, *op. cit.*, p. 48.

2. La dimensión espiritual de la vida humana

Después de abordar la espiritualidad como *una* dimensión de la vida humana (irreductible, pero estructuralmente articulada con otras dimensiones), es necesario explicitar en qué consiste precisamente esa *dimensión espiritual*, cuál es su especificidad frente a otras dimensiones. Y lo haremos a partir de la comprensión bíblica: tanto porque esta aborda lo espiritual como dimensión, aunque no la formule en esos términos; como por nuestro interés de explicitar lo específicamente cristiano de la espiritualidad.

La Biblia, ciertamente, no ofrece un tratado sistemático de espiritualidad. No tiene la pretensión de definir rigurosamente lo que sea lo espiritual de la vida humana ni de determinar cómo se da su experiencia histórica. Sin embargo, en la Biblia no encontramos más que la vivencia/experiencia, más o menos consciente, refleja y elaborada, de lo que aquí llamamos dimensión espiritual de la vida humana, y que tiene que ver fundamentalmente con la experiencia de Dios. Como afirma Víctor Codina:

La presencia del Espíritu es una constante en la Biblia, aunque siempre de forma difusa y no sistematizada. Es como el hilo conductor de toda la Palabra de Dios, sin que los autores bíblicos hayan sentido necesidad de plasmar esta experiencia en un sistema dogmático. Es, antes que nada, una experiencia vital, globalizante y unificadora de las diversas dimensiones o etapas de la revelación del misterio divino en la historia de la humanidad.⁸

Y a partir de esa experiencia bíblica, más concretamente, de su formulación o narración, procuraremos determinar en qué consiste lo espiritual de la vida humana o, por lo menos, identificar sus características más importantes.

La primera cosa que llama la atención en los relatos bíblicos es que lo espiritual aparece siempre como una dimensión de la vida humana intrínsecamente vinculada a su dimensión material. La Biblia nunca habla del Espíritu o de lo espiritual como algo independiente, separado ni mucho menos contrapuesto a lo material. Habla siempre de la vida concreta en su totalidad y complejidad, aunque destacando en ella esta dimensión que la vincula más directamente a Dios. Por eso, la Biblia siempre habla de Dios contando su experiencia con un pueblo concreto, en un tiempo, en una situación y en un lugar todos concretos; habla de la experiencia de Dios contando la vida y la historia concretas de un pueblo (economía, política, cultura, religión, etc.). No es posible separar, ni en el Éxodo ni en la vida de Jesucristo, lo espiritual y lo material, lo que sea de Dios y lo que sea del mundo, etc. Lo de Dios, lo espiritual, se materializa en el Éxodo y en la praxis de Jesucristo. La materialidad del Éxodo y de la praxis de Jesucristo,

8. V. Codina, "*Não extingais o Espírito*" (1 Ts 5, 19): *iniciação à pneumatologia*, São Paulo: Paulinas, 2010, pp. 34 y s.

a su vez, es una materialidad espiritualmente dinamizada y conducida por el Espíritu de Dios. Esa unidad fundamental aparece en la tradición bíblica como un “presupuesto antropológico básico”, aunque no esté suficientemente elaborado y formulado. “Los semitas, al igual que otros pueblos primitivos, ven la realidad de manera prevalentemente sintética. A pesar de que reconozcan en el ser humano varios aspectos o dimensiones, lo hacen dentro de una unidad básica”⁹. La experiencia espiritual en la Sagrada Escritura es, por lo tanto, una experiencia materialmente mediada y posibilitada. A tal punto que no puede ser separada de su materialidad, aunque no pueda ser identificada sin más con ella.

Esto aparece incluso en las expresiones utilizadas en la Escritura para referirse a esa experiencia¹⁰. Lo que comúnmente llamamos *espíritu* (latín: *spiritus*; griego: *pneuma*; hebreo: *ruah*) se manifiesta “a través de símbolos fluidos e impersonales” como “dinamismo de vida y fuerza” (viento, agua, fuego, defensa, sello, dedo...) y como “dulzura y suavidad penetrante” (perfume, vino, unción, paloma...)¹¹. Y lo que comúnmente llamamos *alma* (latín: *anima*; griego: *psyche*; hebreo: *nefesh*) designa tanto garganta y cuello (necesarios para la ingestión de alimentos y para la respiración), como la sed del deseo y de otros sentimientos, incluso la propia vida o ser viviente¹². En ambos casos, se trata de la vida humana en su totalidad, considerada desde el punto de vista de su dinamismo vital y de su relación con Dios. Nada es más extraño a la mentalidad y vocabulario bíblicos que la oposición materia *versus* espíritu, cuerpo *versus* alma. Como bien afirma Yves Congar, “si el mundo de cultura griega piensa en categorías de substancia, el judío piensa en fuerza, energía, principio de acción. El espíritu-soplo es aquel que actúa y hace actuar y, cuando se trata del Soplo de Dios, anima, hace actuar para realizar el designio de Dios. Es siempre una energía de vida”. Y en este contexto hace referencia a la afirmación/interrogación del cardenal Daniélou, que, según él, está “un tanto cargada en lo tocante a la oposición entre el griego y el hebreo, pero interesante y pedagógicamente [está] bien lograda”. Esto es lo que dice:

9. A. García Rubio, *Unidade na pluralidade*, op. cit., p. 320.

10. Cfr. H. W. Wolff, *Antropologia do Antigo Testamento*, São Paulo: Loyola, 1975; X. Léon-Dufour, “Alma”, en *Vocabulário de Teologia Bíblica*, Petrópolis: Vozes, 2009, pp. 36-39; J. Guillet, “Espírito”, *ibid.*, pp. 293-304; R. Koch, “Espírito”, en J. Bauer, *Dicionário de Teologia Bíblica*, I, São Paulo: Loyola, 1988, pp. 364-389; M. Schwantes, *O Espírito faz história*, São Leopoldo: CEBI/10, 1988; A. García Rubio, *Unidade na pluralidade*, op. cit., pp. 320 y ss.; G. Gutiérrez, *Beber no próprio poço*, op. cit., pp. 64-81; V. Codina, “*Não extingais o Espírito*”, op. cit., pp. 23-32; Y. Congar, *Revelação e experiência do Espírito*, São Paulo: Paulinas, 2005, p. 17.

11. V. Codina, “*Não extingais o Espírito*”, op. cit.

12. Cfr. H. W. Wolff, *Antropologia do Antigo Testamento*, op. cit., pp. 21-41; A. García Rubio, *Unidade na pluralidade*, op. cit., pp. 320 y s.

Cuando hablamos de “espíritu”, cuando decimos que “Dios es espíritu”, ¿qué queremos decir? ¿Hablamos griego o hebreo? Si hablamos griego, decimos que Dios es inmaterial, etc. Si hablamos hebreo, decimos que Dios es un huracán, una tempestad, un poder irresistible. De ahí, todas las ambigüedades cuando se habla de espiritualidad. ¿La espiritualidad consiste en tornarse inmaterial o en ser animado por el Espíritu Santo?¹³

Y aquí aparece más explícitamente el otro trazo o característica fundamental de la dimensión espiritual de la vida humana en la Biblia. Esa característica hace referencia no solo a su *dinamismo vital* (vida, acción), sino también a su *relación con Dios* (creación, salvación) o, más precisamente, al *dinamismo vital en cuanto don de Dios*. De ahí que la expresión espíritu pueda referirse tanto a la vida humana (espíritu humano) cuanto a Dios (Espíritu Santo), y a ambos al mismo tiempo (Espíritu de Dios como principio y fuente del dinamismo vital). Es el Espíritu de Dios que da vida, que revela sus designios y que hace actuar de acuerdo con ellos. En las Escrituras hebreas (Antiguo Testamento), el Espíritu guarda relación con la creación, con la profecía y con la sabiduría; designa la “acción y presencia permanente de Dios en la creación y en la historia” (crea, libera y penetra los corazones). “Es una fuerza misteriosa que, a partir de dentro y de manera sutil, todo lo penetra e ilumina, purifica y santifica, vivifica y da consistencia definitiva”¹⁴. Hace referencia al dinamismo vital y a la acción vivificante de Dios o al propio Dios. Es simultáneamente espíritu humano y Espíritu divino. En las Escrituras cristianas (Nuevo Testamento), el Espíritu guarda relación con Jesucristo y con la vida cristiana: hace referencia al dinamismo vital/accional de Jesucristo y de los cristianos, en cuanto *configurados* o *conformados* de acuerdo a él. El carácter más fluido e impersonal de las imágenes que, sobre todo en las Escrituras hebreas, evocan la presencia y acción del Espíritu (viento, soplo, fuego, agua, fuerza, etc.) reciben en la vida de Jesús de Nazaret tal concreción y densidad que la constituyen en criterio y medida de discernimiento de su

13. Y. Congar, *Revelação e experiência do Espírito*, *op. cit.*, p. 18. “Lo que separa radicalmente la concepción bíblica de la unidad del hombre de cualquier forma de dualismo ontológico es el hecho de que el lenguaje bíblico sobre el hombre no se refiere a *naturalezas* que en él se oponen, sino a *situaciones* existenciales que traducen las vicisitudes de su itinerario en confrontación permanente con la iniciativa salvífica de Dios y con su Palabra. Así, el hombre es ‘carne’ (*basar*) en la medida en que se revela la fragilidad y la transitoriedad de su existencia; y ‘alma’ (*nefesh*) en la medida en que la fragilidad es compensada, en él, por el vigor de su vitalidad; es ‘espíritu’ (*ruah*), o sea manifestación superior de vida y de conocimiento, por la que el hombre puede entrar en relación con Dios; finalmente, es ‘corazón’ (*leb*), o sea, lo interior profundo del hombre, donde tienen su sede afectos y pasiones, donde se enraízan inteligencia y voluntad y donde tiene lugar el pecado y la conversión a Dios” (H. C. Lima Vaz, *Antropología Filosófica*, I, São Paulo: Loyola, 1993, p. 61).

14. V. Codina, “*Não extingais o Espírito*”, *op. cit.*, p. 43.

presencia y acción en el mundo. El Espíritu (tanto en lo que tiene de dinamismo vital cuanto en lo que tiene de Dios) aparece aquí como Espíritu de Jesucristo. “Por eso, para conocer y discernir un Espíritu es necesario constatar si conduce a Jesús o no”¹⁵. Sobre esto ya insiste la primera Carta de San Juan:

Queridos, no os fieis de cualquier espíritu; al contrario, comprobad si los espíritus vienen de Dios; pues muchos falsos profetas vinieron al mundo. En esto reconoceréis el Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo vino en carne mortal, viene de Dios; todo espíritu que no confiesa a Jesús no viene de Dios, sino del Anticristo. (1 Jn 4, 1-3.)

Así, la vida concreta de Jesús de Nazaret se presenta como la expresión por antonomasia y como el criterio y la medida de la unidad entre el espíritu humano y el Espíritu Santo, o sea, del *dinamismo vital en cuanto don de Dios*. De modo que si el Espíritu de Dios tiene que ver fundamentalmente con Jesucristo, debe dinamizar nuestra vida como dinamizó la vida de Jesucristo: es de Dios y, por lo tanto, se hace en nuestra vida/carne lo que hizo en la vida/carne de Jesús. Por esta razón, la espiritualidad cristiana no es otra cosa que vivir según el Espíritu de Jesús, esto es, seguir sus pasos, vivir como él vivió.

La *dimensión espiritual de la vida humana* dice relación, por lo tanto, a su dinamismo vital (espíritu humano) y a la fuente o principio de ese dinamismo (Espíritu de Dios). Por un lado, *hace referencia al dinamismo vital*, esto es, a la vitalidad, al carácter activo, al instinto, a la fuerza, a la energía, a los impulsos, a las motivaciones, a las pasiones, a los proyectos, a los sueños, etc. que hacen de la realidad humana una realidad viva/activa, una realidad abierta, trascendente, dinámica, inacabada, en realización... —más allá de todo materialismo, inmediatismo y determinismo—. Por otro lado, *hace referencia a la fuente o al principio de ese dinamismo*, esto es, trata el dinamismo vital como don/gracia de Dios —más allá de todo inmanentismo y de toda autosuficiencia—. Es Dios quien, mediante su Espíritu vivificante, da la vida y hace actuar. Es Él quien impulsa y orienta la acción según la justicia, para conservar y promover la vida, sobre todo de los pobres y oprimidos. Es Él quien mantiene la vida de las personas y la historia de los pueblos permanentemente abiertos, en constante transcendencia, impidiendo que cualquier acontecimiento o situación tenga la última palabra. Finalmente, es Él quien nos lleva a superar todos los límites, incluso la muerte, manteniendo viva nuestra esperanza contra todas las evidencias e incluso contra toda esperanza: “La esperanza es lo último que muere” y “si muere, resucita”, recuerda Casaldáliga.

En la medida en que experimentamos nuestro dinamismo vital, algo nos constituye y nos es dado (más allá de lo que queramos y de lo que hagamos), y lo

15. *Ibid.*, p. 32.

vivimos según el dinamismo de Jesús de Nazaret, lo experimentamos como don de Dios y, consecuentemente, como participación en su vida, como comunión con Él. Si es verdad que “esta espiritualidad no se explica sin la presencia operativa del Espíritu”, también es verdad que

este Espíritu no es percibido ni creído realmente sino a partir de una espiritualidad viva, a partir de lo que es su presencia operativa en el corazón del hombre, en la comunidad cristiana y aun en la institucionalidad de la Iglesia y en la marcha de la historia. Son las palabras y los acontecimientos nuevos, los comportamientos inesperados y anormales los que hacen la pregunta sobre quién los impulsa y cómo los inspira.¹⁶

Y es ahí donde la dimensión espiritual que nos constituye se revela como apertura, dinamismo, transcendencia y, en última instancia, comunión o ruptura con Dios.

3. Espiritualidad cristiana

Hemos visto que la espiritualidad es una dimensión constitutiva de la vida humana y que esta dimensión guarda relación precisamente con nuestro dinamismo vital y, a través de él, con nuestra relación con Dios, en comunión o en ruptura. Cuando hablamos de espiritualidad cristiana, hablamos de ese mismo dinamismo vital en comunión con Dios, tal como se dio en la vida/praxis de Jesús de Nazaret.

En las Escrituras cristianas (Nuevo Testamento), como ya hemos indicado, el Espíritu aparece siempre vinculado a Jesucristo: es Espíritu de Cristo (Rm 8, 9; Fl 1, 19), Espíritu del Señor (2 Cor 3, 17), Espíritu del Hijo (Gl 4, 6). Su misión no es otra que enseñar y recordar todo lo que Jesús dijo (Jo 14, 26), decir y explicar lo que oyó/recibió de Jesús (Jn 16, 13-14), dar testimonio de Jesús (Jn 16, 26). “Desde el punto de vista del contenido, no hay autonomía y mucho menos disparidad entre una obra del Espíritu y una obra en referencia a la de Cristo”¹⁷. No por casualidad “un gran número de efectos son atribuidos indiferentemente a Cristo y al Espíritu” y “las fórmulas ‘en Cristo’ y ‘en el Espíritu’ son utilizadas muchas veces, sin diferenciarlas, la una y la otra”¹⁸. Y tampoco por casualidad la vida/carne de Jesús de Nazaret es presentada como el criterio fundamental y definitivo de discernimiento de los espíritus (1 Jo 4, 1-3). De modo que “nadie, movido por el Espíritu de Dios, puede decir: ¡maldito sea Jesús! Y nadie

16. I. Ellacuría, “Espiritualidad”, *op. cit.*, p. 50.

17. Y. Congar, *Revelação e experiência do Espírito*, *op. cit.*, p. 61.

18. *Ibidem*. El autor indica algunos textos donde aparece la idea más explícitamente: 2 Cor 5, 21; Rm 14, 17; Gl 1, 17; 1 Cor 6, 11; Rm 8, 1.10; Rm 8, 9; Fl 3, 1; Rm 14, 17; Rm 8, 39; Cl 1, 8; Fl 4, 7; Rm 14, 17; 1 Cor 1, 2.30; Rm 15, 16; 2 Ts 2, 13; 2 Cor 2, 17; 1 Cor 12, 3; Cl 2, 10; Ef 5, 18; Rm 12, 5; Gl 3, 27; 1 Cor 12, 13; Ef 2, 21; Ef 2, 22.

puede decir: ¡Señor Jesús! si no es movido por el Espíritu Santo” (1 Cor 12, 3). El Espíritu de Dios es, por lo tanto, inseparable de la vida/praxis de Jesús de Nazaret. Ella es el lugar por excelencia de su manifestación/revelación.

De ahí que hablar de espiritualidad, en la perspectiva cristiana, no es otra cosa que hablar de la experiencia del Espíritu de Jesús de Nazaret: vivir como Él vivió y de lo que Él vivió, esto es, *configurar* o *conformar* la propia vida de acuerdo a su vida. En una palabra: vivir según su Espíritu. Desde el punto de vista cristiano, dice Ellacuría, “hombres espirituales son aquellos que están llenos del Espíritu de Cristo y lo están de una manera viva y constatable, pues la fuerza y la vida de ese Espíritu invade su persona y su acción”¹⁹.

Espirituales no son, entonces, los que hacen muchas prácticas “espirituales”, sino los que llenos del Espíritu [de Jesús de Nazaret] alcanzan su ímpetu creador y renovador, su superación del pecado y de la muerte, su fuerza de resurrección y de más vida; los que alcanzan la plenitud de la libertad de los hijos de Dios, los que inspiran e iluminan a los demás y los hacen vivir más plena e libremente.²⁰

Se trata, pues, de una dinámica de vida, de una forma de vivir, de un modo de configurar la vida en lo que se muestra y se historiza/encarna la fuerza y el poder creador y salvador de Dios, tal como se dio en la vida/carne de Jesús. Por eso, cuando Pablo habla de *vida en el Espíritu*, de los *frutos del Espíritu* (Gl 5, 22s; 2 Cor 6, 6s; Rm 8, 5ss; 14, 17), habla fundamentalmente de acción, de modos de relación, de valores, etc. Y cuando los Evangelios hablan del *pecado contra el Espíritu Santo* (Mc 3, 29; Mt 12, 32; Lc 12, 10), hablan fundamentalmente de la cerrazón y el rechazo a la acción de Dios en Jesús de Nazaret, atribuyendo su origen a Satanás²¹.

Por esta razón, para poder hablar de la espiritualidad cristiana es necesario, ante todo, volver nuestra mirada a la vida concreta de Jesús de Nazaret, explicitando su estructura y su dinamismo fundamentales. Solo entonces, y confrontando esa estructura y esa dinámica de vida con la estructura y la dinámica de nuestra vida, podremos afirmar si —y en qué medida— vivimos una espiritualidad auténticamente cristiana. Y ello, más allá de todo discurso y de toda confesión explícita de fe.

Por lo que toca a la vida concreta de Jesús de Nazaret, a su dinamismo vital, a su praxis, en fin, a su vivencia espiritual, esa espiritualidad tiene que ver fundamentalmente con su interacción/relación con las demás personas y con Dios. Y ello, en una tal unidad que la una es inseparable de la otra. El Espíritu de Jesús, dice Ellacuría, se refiere tanto “al Dios que Jesús confiesa como su Padre”

19. I. Ellacuría, “Espiritualidad”, *op. cit.*, p. 49.

20. *Ibidem*.

21. Cfr. V. Codina, “*Não extingais o Espírito*”, *op. cit.*, pp. 227-230.

cuanto “al modo como Jesús establece su relación con Dios en la realización de su vida y en la praxis de su misión”²². Jesús actúa movido por y en la fuerza del Espíritu, y en esa acción en el Espíritu es obediente y fiel a Dios como un hijo es obediente y fiel a su Padre. De modo que tanto su acción salvífica (reinado de Dios) cuanto su relación con el Padre (filiación) se dan en el Espíritu Santo.

Por un lado, Jesús actúa movido por y en la fuerza del Espíritu Santo: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para llevar la buena noticia a los pobres; me envió a anunciar la libertad a los cautivos y dar la vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos, para proclamar un año de gracia del Señor” (Lc 4, 18s); “Dios ungió con Espíritu Santo y poder a Jesús de Nazaret, que pasó haciendo el bien y curando a todos los poseídos por el demonio, porque Dios estaba con Él” (Hch 10, 38). El Espíritu es quien dinamiza y conduce la vida de Jesús y lo hace de un modo muy concreto. Al leer las Escrituras, sobre todo los Evangelios, quedamos inmediatamente confrontados con la bondad y la misericordia de Jesús con los pobres, los huérfanos, las viudas y los extranjeros. Él aparece, antes que nada, como una persona buena, verdadera, misericordiosa y justa: cura a los enfermos (ciegos, sordos, cojos, leprosos...); libera a muchas personas del poder de los espíritus malos; acoge a las personas consideradas pecadoras (publicanos, prostitutas, fariseos, samaritanos); se sienta a la mesa y come con pecadores y despreciados; denuncia a las autoridades religiosas y políticas; relativiza la ley y el templo; se enfrenta a costumbres y tradiciones que impiden o dificultan la práctica del bien y excluyen a los pobres y débiles; iguala el amor a Dios con el amor al hermano; establece las necesidades de la humanidad que sufre como criterio y medida de participación/exclusión en la vida eterna, en el reinado de Dios (Lc 10, 25-37; Mt 25, 31-46). Y hace todo eso en nombre de Dios. Todavía más. Reconoce en estas prácticas la acción misma de Dios, la llegada de su reinado, el poder y la fuerza de su Espíritu.

Por otro lado, al dejarse conducir por el Espíritu de Dios, actuando según su dinamismo, su fuerza y su poder, Jesús revela tanto al Dios en quien cree, como el modo en que él se relaciona con ese Dios. El *Dios en el que Jesús cree*, a quien él entrega su vida, se manifiesta en el modo como él vive: al actuar con bondad y con misericordia con los caídos al borde del camino, revela a un Dios bondadoso y misericordioso; al acoger a personas consideradas impuras y pecadoras, revela a un Dios que es perdón y gratuidad; al socorrer a las personas en sus necesidades y al defender el derecho de los pequeños y oprimidos, revela a un Dios que es justicia; al hacer suyas las necesidades de la humanidad que sufre, revela a un Dios parcial y partidario de los pobres y oprimidos de este mundo; y así pudiéramos seguir poniendo ejemplos. Ahora bien, si el Espíritu de Dios actúa en

22. I. Ellacuría, “La Iglesia que nace del pueblo por el Espíritu”, en *Escritos teológicos*, II, San Salvador: UCA Editores, 2000, pp. 343-355, aquí p. 350.

y a través de Jesús (Lc 4, 18s), o si Jesús actúa en la fuerza y poder del Espíritu de Dios (Mt 12, 28), a través de su acción tenemos acceso a Dios y sabemos quién es Él. Conocemos a Dios porque lo vimos actuar en Jesús. Y en Jesús, Dios actúa como un Padre atento a las necesidades y los clamores de sus hijos²³: “Quien me ve a mí, ve a aquel que me envió” (Jn 12, 45; 14, 7.9); “el Padre y yo somos uno” (Jn 10, 30). Con este Dios, Jesús establece una *relación filial*. Se relaciona con Él como un hijo se relaciona con su padre. Y en un doble sentido. Por un lado, como insiste el Evangelio de Juan, Jesús viene de Dios y su vida consiste en hacer la voluntad del Padre (Jn, 5, 30). Por otro lado, es obediente y fiel a Dios hasta la muerte en la cruz (Fl 2, 8). En verdad, solo quien experimenta la vida como don y misión, solo quien no es autosuficiente y egoísta, solo quien no se basta a sí mismo, puede vivir como hijo, esto es, como quien sabe que no viene de sí mismo, que no tiene en sí mismo el origen y centro de la propia vida, y, consecuentemente, que no puede vivir para sí mismo. Vivir como hijo es vivir según la voluntad de Dios, siendo obediente y fiel a sus designios.

Estos dos aspectos de la vida espiritual de Jesús —su acción salvífica y su relación filial— se implican y condicionan mutuamente: en su acción (realización del reinado de Dios), Jesús revela el Dios en el que cree (Padre) y es fiel y obediente a él (Hijo); el Dios en el que Jesús cree (Padre) se manifiesta precisamente en su vida/acción (reinado de Dios). Como bien afirma González Faus:

El reino da la razón de ser de Dios como *Abba* y la paternidad de Dios da fundamento y razón de ser del reino [...]. La experiencia de esta vinculación *Abba-reino* [...] constituye la clave de todo lo que parece que Jesús personalmente vivía, constituye todo el horizonte de lo que Jesús quiso predicar y constituyetodoelsentidodeldiscipuladoque,paraJesús,parece no ser más que una introducción a esta experiencia.²⁴

Y con esto volvemos al núcleo de la problemática de la espiritualidad cristiana en cuanto experiencia del Espíritu de Jesucristo. Esta experiencia tiene que ver con nuestra relación con Dios (Padre/hijo) y con los hermanos (salvación/fraternidad): “El Espíritu Santo, que guió el camino histórico de Jesús para el Padre, realiza en nosotros [...] lo que realizó en él. Nos motiva a vivir en la filiación en relación con Dios y en la fraternidad en relación con los hombres”²⁵. Y dice relación a la totalidad de nuestra vida: todas las dimensiones y todos los aspectos de nuestra vida deben ser *conformados* o *configurados* de acuerdo a Jesús, esto es, deben ser vividos según su Espíritu —en la fuerza y en el

23. Cfr. R. Munoz, *Trindade de Deus amor oferecido em Jesus, o Cristo*, São Paulo: Paulinas, 2002, pp. 28 y ss.

24. J. I. González Faus, *Acesso a Jesus: ensaio de teologia narrativa*, São Paulo: Loyola, 1981, p. 36.

25. L. F. Ladária, *Introdução a antropologia teológica*, São Paulo: Loyola, 1998, pp. 122 y s.

dinamismo de su Espíritu, que es el Espíritu de Dios—. De ahí la razón de por qué la espiritualidad cristiana no puede ser tratada como un departamento de la vida ni, mucho menos, reducida a determinadas prácticas religiosas o espirituales.

Aunque no podemos ofrecer ahora un tratado adecuado, ni siquiera un esbozo lo suficientemente amplio de la espiritualidad cristiana, indicaremos al menos algunas dimensiones y algunos aspectos que merecen una atención y un cuidado especial de los cristianos en el cultivo y el dinamismo de la dimensión espiritual de sus vidas.

1. La espiritualidad cristiana hace referencia tanto a la *dimensión individual* como a la *dimensión social* de nuestra vida. Ambas deben ser vividas según el Espíritu de Jesucristo. La espiritualidad no puede jamás ser reducida al ámbito de la individualidad, como si no tuviese nada que ver con el modo como nos vinculamos unos con otros e interactuamos, y con el modo como organizamos y regulamos nuestra vida colectiva; tampoco puede ser reducida al ámbito social, como si fuese posible una sociedad nueva con personas viejas. De ahí que, tratándose de la vida cristiana, que otorga la *configuración* o *conformación* de nuestra vida de acuerdo a Jesucristo, sean necesarias tanto la *conversión del corazón* (ámbito de la individualidad) como la *transformación de las estructuras de la sociedad* (ámbito social) —personas nuevas y sociedad nueva, ambas renacidas/recreadas en la fuerza y el dinamismo del Espíritu de Jesucristo—.

2. Tiene una dimensión de *interioridad* y una dimensión de *exterioridad*. Ciertamente, la espiritualidad es algo que hace referencia a lo más profundo y a lo más íntimo de nuestra vida. La conforma o configura por dentro, más allá de toda apariencia y superficialidad. Pero no por eso deja de ser algo visible y palpable; algo que se exterioriza. Por el contrario, toma cuerpo, se materializa, se encarna en lo cotidiano de nuestras vidas. Y es aquí, precisamente, donde se puede discernir el espíritu que anima/dinamiza/conduce nuestra vida: por los frutos, se conoce el árbol (Lc 6, 43s); la fe se demuestra por la obras (Sant 2, 18). Para saber si vivimos según el Espíritu de Jesucristo, necesitamos ver si vivimos como él vivió, si actuamos como él actuó, si producimos los frutos que él produjo. Los discursos espirituales intimistas (pura interioridad) son en el fondo una manera muy sutil de ocultar el verdadero espíritu que anima y dinamiza nuestra vida.

3. En la medida en que la espiritualidad tiene que ver con nuestro dinamismo vital, con el modo como vivimos, hace referencia tanto al modo como sentimos y los sentimientos que alimentamos, como a las decisiones que tomamos. Abarca, por lo tanto, *sentimiento* y *decisión* como momentos constitutivos de la acción humana: los sentimientos condicionan e interfieren en las decisiones, pero pueden ser modificados/convertidos mediante decisiones; las decisiones son condicionadas por los sentimientos, pero pueden alterarlos y adecuarlos a sus proyectos. De ahí que la configuración de nuestra vida de acuerdo a Jesucristo implique tanto tener los mismos sentimientos que él tenía (Fl 2, 5; Mt 14, 14)

como actuar tal como él actuaba (1 Jn 2, 6). Porque sentía compasión y misericordia por los caídos se dedicaba a curar sus heridas (Lc 10, 25-37). Cuando las opciones/decisiones no convierten los sentimientos a sus proyectos, acaban, antes o después, siendo vencidas por ellos o degeneran en activismo.

4. En cuanto *conformación* o *configuración* de nuestra vida de acuerdo a Jesucristo, la espiritualidad tiene un momento de *opción personal* intransferible e irrecusable. No es algo natural: nadie nace cristiano, se torna cristiano; y se torna cristiano mediante una opción. Nadie es obligado a vivir como Jesús vivió. Esta es una posibilidad, pero una posibilidad que solo se hace efectiva en la medida en que alguien opta por ella y se apropia de ella. Además, se trata de una *opción condicionada* por las circunstancias y situaciones individuales y colectivas que nos toca vivir. En definitiva, la espiritualidad no es otra cosa sino un modo concreto de vivir *nuestra* vida. En relación a la espiritualidad cristiana, se trata de vivir *nuestra* vida según el Espíritu de Jesús de Nazaret. Y esto es lo que hace que la espiritualidad cristiana se remita siempre a la vida concreta de Jesús de Nazaret y a la vida concreta de sus seguidores.

5. La vida espiritual no se opone a la actividad intelectual; espíritu no es sinónimo de ignorancia, ni el Espíritu Santo puede ser tratado como “asilo de ignorancia”²⁶, a quien acudimos cuando no comprendemos o no conseguimos explicar algo. La *inteligencia* es un momento fundamental de nuestra vida espiritual que debe ser vivida con lucidez y creatividad. El cristiano no puede renunciar jamás a la tarea de dar razón de su esperanza (1 Pedr 3, 15). Ciertamente, no se debe caer en la tentación intelectual/racionalista que, además de despreciar el sentimiento y negar lo que no consigue explicar, acaba reduciendo la espiritualidad a confesión de doctrinas. Pero es necesario estar muy alerta contra la tentación sentimentalista y fundamentalista que, además de oponer sentimiento e inteligencia y de acentuar unilateralmente el sentimiento en perjuicio de la inteligencia, transforma la fe en un acto irracional o en una actitud de personas ignorantes.

6. Profundamente vinculada a la dimensión intelectual de la vida espiritual está su *expresión simbólico-ritual-litúrgica*. Es aquí donde la vida espiritual se expresa de modo más explícito e intenso. De ahí la tentación constante a identificar y reducir la vida espiritual a su expresión y celebración simbólico-ritual. Cuántas veces oímos hablar en encuentros pastorales, e incluso en movimientos populares, de “momento de espiritualidad” o “momento de mística”, como si espiritualidad y mística fuesen sinónimo de oración, ritos, símbolos, dinámicas, etc. Por no mencionar que muchas de esas expresiones simbólico-rituales utilizadas por los cristianos y sus comunidades expresan muy poco (cuando no lo contrario) el dinamismo de vida de Jesús de Nazaret y el Espíritu que lo anima y lo

26. Cfr. W. Pannenberg, *Grundfragen systematischer Theologie*, Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 1967, p. 235.

conduce. Valdría la pena confrontar la “estética” palaciega de nuestras liturgias (altar-cátedra, vestimentas y objetos litúrgicos, títulos, Dios todopoderoso, etc.)²⁷ con la “estética” evangélica de la vida de Jesús (Belén, lava pies, calvario, Dios todo misericordioso, etc.).

7. Finalmente, hay un aspecto fundamental y decisivo en la espiritualidad cristiana que, aunque nunca se haya perdido completamente en la tradición de la Iglesia, fue descubierto y reafirmado de modo particular por la Iglesia latinoamericana y su teología de la liberación: la *centralidad de los pobres y oprimidos*. El Espíritu es quien conduce a Jesús a los pobres y oprimidos de este mundo y en la fuerza y en el poder del Espíritu Jesús actúa en favor de los pobres y oprimidos. La acción del Espíritu, tal como se da en la vida de Jesús de Nazaret, está de tal modo vinculada a las necesidades de los pobres y oprimidos que estos se tornan criterio y medida de nuestra comunión con Jesús y con el Padre, y, así, de nuestra participación en la vida eterna (Lc 10, 25-37), en el reinado de Dios (Mt 25, 31-46). Como dice San Romero de América, “hay un criterio para saber si Dios está cerca de nosotros o está lejos, del que nos está dando la palabra de Dios hoy: todo aquel que se preocupa del hambriento, del desnudo, del pobre, del desaparecido, del torturado, del prisionero, de toda esa carne que sufre, tiene cerca a Dios”²⁸. En este sentido se comprende bien la afirmación escandalosa de Jon Sobrino: “Fuera de los pobres no hay salvación”²⁹. Y aquí, precisamente, reside el mayor escándalo, peligro y desafío de la vida cristiana.

4. A modo de conclusión: la espiritualidad cristiana como seguimiento de Jesucristo

Como vimos en el apartado anterior, la espiritualidad cristiana tiene que ver, fundamentalmente, con la *experiencia del Espíritu de Jesucristo: vivir según su Espíritu*, lo que significa *vivir como él vivió y de lo que él vivió*. Se trata, por lo

27. “Con la integración de la Iglesia en el Imperio romano en el siglo IV, la ideología imperial entró profundamente en la teología oficial de la corte e influenció a grandes sectores de la Iglesia, sobre todo en Oriente. Cristo fue representado como Emperador y Dios era el Super-emperador. Los atributos del poder fueron destacados con mucha fuerza. La ideología imperial tuvo mucha influencia en las liturgias cristianas y aún sobrevive en las liturgias actuales” (J. Comblin, “O pobre: critério para a profecia”, en P. Ribeiro Oliveira [coord.], *Opção pelos pobres no século XXI*, São Paulo: Paulinas, 2011, pp. 139-201, aquí p. 190).

28. *Homilías*. Monseñor Óscar A. Romero, tomo II, San Salvador: UCA Editores, 2005, p. 257. “Dios ha querido identificarse de tal manera [con el pobre] que los méritos de cada uno y de una civilización se medirán por el trato que tengamos para el necesitado y para el pobre” (*ibidem*).

29. *Cfr.* J. Sobrino, *Fora dos pobres não há salvação: pequenos ensaios utópico proféticos*, São Paulo: Paulinas, 2010.

tanto, de un modo concreto de vivir y dinamizar la propia vida, conformándola o configurándola de acuerdo a Jesús de Nazaret.

En este sentido, se puede y se debe hablar de la espiritualidad cristiana como *seguimiento de Jesucristo*: seguir sus pasos, proseguir su misión, actualizar su modo de vida. “Seguir a Jesús es pro-seguir su obra, per-seguir su causa y conseguir su plenitud”³⁰. Esto es lo que significa vivir según su Espíritu. Y en esto, precisamente, consiste la vida cristiana. Jon Sobrino llega, incluso, a tomar el “seguimiento de Jesús” como la “fórmula breve del cristianismo”³¹, como “sinónimo de totalidad de la vida cristiana”³².

Si el Espíritu de Jesús se manifiesta en el modo concreto como él vivió, solo en la medida en que lo seguimos, esto es, en que vivimos como él vivió, en que reproducimos/actualizamos su modo de vida (seguimiento), podemos afirmar que vivimos según su Espíritu (espiritualidad). Y no hay, aquí, ningún reduccionismo activista y/o inmanentista. Finalmente, “si el camino de Dios a los hombres es Jesús de Nazaret, el camino del hombre a Dios es el seguimiento de ese mismo Jesús de Nazaret”³³. De modo que la *espiritualidad cristiana* no es más que el *seguimiento de Jesucristo*.

30. L. Boff, *Jesús Cristo Libertador*, Petrópolis: Vozes, 1991, p. 35.

31. J. Sobrino, “Seguimiento de Jesús”, en C. Floristán-Samanes y J. J. Tamayo-Acosta, *Dicionário de Conceitos Fundamentais do Cristianismo*, São Paulo: Paulus, 1999, pp. 771-775, aquí p. 771. Sobre el seguimiento de Jesús en Jon Sobrino, *cfr.* V. I. Bombonato, *Seguimento de Jesus: uma abordagem segundo a cristologia de Jon Sobrino*, São Paulo: Paulinas, 2002; *idem*, “O seguimento de Jesus: categoria cristológica”, en A. M. Ligorio Soares (coord.), *Dialogando com Jon Sobrino*, São Paulo: Paulinas, 2009, pp. 21-52.

32. J. Sobrino, “Espiritualidade e teologia”, en *Espiritualidade da libertação: estrutura e conteúdos*, São Paulo: Loyola, 1992, pp. 59-96, aquí p. 67.

33. I. Ellacuría, “Esbozo para una carta pastoral”, en *Escritos teológicos*, II, *op. cit.*, pp. 623-661, aquí p. 642.